El enigma de las MOMIAS

El enigma de las MOMIAS

Claves históricas del arte de la momificación en las antiguas civilizaciones

David E. Sentinella

nowtilus

Colección: Investigación abierta
www.nowtilus.com

Título: El enigma de las Momias
Subtítulo: Claves históricas del arte de la momificación
en las antiguas civilizaciones
Autor: © David E. Sentinella

© 2006 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 - Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil&Herraiz
Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-471-7

A Rosa y Josep Ramon;
por darme la vida y enseñarme a amarla,
por compartir sueños e ilusiones,
por vuestro apoyo incondicional.

Índice

Agradecimientos 11

Prefacio. Sobrevivir a la muerte 13

Capítulo 1. Creencias en la vida del Más Allá 17

Capítulo 2. Los secretos de las momias egipcias 22

Capítulo 3. Las momias que surgieron de los pantános 53

Capítulo 4. Las momias del pueblo Guanche 71

Capítulo 5. Las momias que cambiaron la historia 95

Capítulo 6. Los increibles fardos del Perú 104

Capítulo 7. Chinchorro, las momias más antiguas del mundo 118

Capítulo 8. Momificación, cuerpos incorruptos y milagros 137

Capítulo 9. Tráfico de momias y fraudes 160

Capítulo 10. La maldición de las momias 177

Capítulo 11. Lo más curioso en momias 219

Epílogo 247

Bibliografía 251

Agradecimientos

A Belén por aparecer en mi vida, soportar la espera y estar siempre ahí.

A Lorenzo Fernández Bueno; qué quieres que te diga, compadre: gracias por creer en mí, por ofrecerme tu apoyo, por tu valiosa amistad, por… ¡tantas cosas!

A Fernando Jiménez del Oso, maestro donde los haya: fue un placer y un honor haber trabajado contigo.

A Juan Jesús Haro Vallejo, Tomé Martínez, Juan Ignacio Cuesta y Pablo Villarrubia, por navegar juntos en el mismo barco y compartir ideas, conocimientos, experiencias y amistad.

A mis queridos amigos "guanches" José Gregorio González, David Heylen y Fernando Hernández, con los que todavía me quedan muchos barrancos por recorrer.

A Mar Rey Bueno, por su eficaz y desinteresada contribución, algo extraño hoy día, ayudándome en la obtención de documentación específica.

A "Los Cavaleiros do Sertao", cuyo espíritu fundacional sobrepasa los intereses de lo profesional.

También quisiera mostrar mi agradecimiento a Rafael González Antón y Conrado Rodríguez del Museo Arqueológico de Tenerife, por ayudarme en todo lo que estuvo en sus manos.

A Paco Etxeberria de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, en San Sebastián, porque con su trabajo y profesionalidad despertó en mi adolescencia, el interés por la incorruptibilidad y las momias.

Gracias a todos.

Prefacio

Sobrevivir a la muerte

De pequeño siempre me llamó la atención el modo en que cada pueblo, cada sociedad, se enfrentaba a esa cita ineludible con la muerte. Unos, con temor, otros con tabú, incluso algunos pueblos más lejanos a nuestra civilización occidental con reverencia; pero ninguno, y repito, ninguno con indiferencia. El interés no se trataba de un juego morboso con el que alimentar la abundante imaginación y el afán de curiosidad que pudiera tener un joven adolescente. La muerte era real, tan real como la vida misma, y la búsqueda de esas respuestas no era sino una necesidad de comprensión del fenómeno y de sus múltiples rostros. Más allá de la experiencia personal que supone, tanto para el que fallece como para sus familiares y amigos, la importancia de ese umbral que delimita la vida por uno de los dos extremos, trasciende al Hombre, al tiempo y al espacio. Y ese concepto no se me pasaba por alto.

Aún siendo la muerte un hecho real que nos acompaña día a día, en términos generales el hombre rehuye y rechaza su existencia, como sí, por el simple hecho de volverle la

espalda, dejara de existir. Nos hemos acostumbrado a su compañía tanto como a nuestra sombra, siempre y cuando no nos afecte a nuestro entorno más directo, reduciéndola a una simple imagen que nos asalta a través de la pantalla del televisor cuando vemos los informativos, lo leemos en la prensa o nos lo narra un angustiado amigo que ha padecido la falta de algún ser querido.

Recuerdo una conversación en particular. Allá por el año 1994 me encontraba de viaje por el norte de la India, al pie de los Himalayas.

Después de un ajetreado día de viajes, esperas y entrevistas, me senté agotado en el suelo del patio del monasterio de Dharamshala –lugar donde reside el Dalai Lama en el exilio–, viendo como los últimos rayos del sol se reflejaban sobre las nieves perpetuas de las montañas. Tras unos instantes, un joven lama de rostro amable y sonriente, atraído por la curiosidad, se sentó a mi lado y empezamos a conversar sobre diferentes temas. Y cómo no, entre estos, el tipo de vida en Europa y la equivocada visión que procesamos de la muerte. El joven lama apuntaba que todos podemos morir en cualquier momento y en cualquier lugar. Nuestro sentido y comprensión de la vida, la aparente solidez y equilibrio del mundo en que vivimos, nuestro apoyo en los cinco sentidos y sus objetos... todo es un completo error. Nada de lo que creemos ser, hacer, sentir o tener, tiene ninguna esencia, sustancia, estabilidad o permanencia. Todo lo que somos y lo que está a nuestro alrededor, por lo que nos preocupamos de la mañana a la noche, es potencialmente nada. Pero sorprendentemente, una vez que nos acostumbramos a la omnipresente posibilidad de morir en vida, nos sentimos enormemente liberados. Nos damos cuenta de que esencialmente somos libres a todas horas y en todas las situaciones.

Toda esta reflexión, a pesar de que no me era desconocida y rondaba mi cabeza desde hacia varios años, me abrumaba. Nunca me la habían expuesto con argumentos tan claros y rotundos como aquel joven lama de cuerpo enjuto y mirada penetrante. Todas las culturas antiguas se han ocupado del enigma de la inevitable muerte, de la permanencia del alma, del viaje al más allá, del cuidado del cuerpo tras la defunción… pero sobretodo, como reflexión sobre el sentido de la vida. Sin embargo en occidente se ha despojado a la muerte de todo el significado que nos ofrecían los mitos y las religiones arcanas, hasta llegar al punto de profanar su razón de ser y con él, el sentido de la vida. En los albores del siglo XXI y bombardeados a diario con noticias de muertes en los medios de comunicación, hemos perdido el rumbo, olvidado su por qué, y ni siquiera somos capaces de mirarla frente a frente. Hemos creado una sociedad deshumanizada; apartamos a los enfermos y moribundos lejos de nuestra vista encerrándoles en habitaciones impersonales con la exclusiva y fría compañía de tubos y máquinas. Nuestra sociedad moderna es casi un desierto espiritual. El único significado que tiene la muerte es el de ser un mero proceso fisiológico: el final, la aniquilación, la destrucción. No queremos verla, nos molesta su presencia, y ni tan siquiera pensamos en nuestra inevitable cita con ella. El simple hecho de hablar de la muerte se considera morboso; solo aspiramos a apartar cualquier referencia suya y, por encima de todo, a olvidarla.

Por fortuna, en la actualidad son muchas las personas de todo el mundo que aceptan o se plantean la posibilidad de la existencia de algo más después de la muerte. Si bien, este interés por la materia no es en absoluto una moda actual. Infinidad de escritores y filósofos de todas las épocas creyeron en ello. Voltaire, filósofo y polígrafo francés, apuntó

"…A fin de cuentas, no es más extraño nacer dos veces que nacer una vez". De hecho, desde los orígenes de la religión cristiana y hasta entrada la Edad Media se aceptaban los conceptos de reencarnación y renacimiento.

Por el contrario, ¿existe alguna seguridad de que no hay vida después de la muerte? ¿el hecho de que no conociéramos con pruebas concretas la existencia del átomo o la electricidad, invalidaba su realidad...? Todas las grandes religiones creen en una existencia después de la presente, y a lo largo de la historia, millones de personas cualificadas, sabios, filósofos e incluso científicos, han aceptado esta visión como parte esencial de su vida. ¿Están todas equivocadas?, ¿son la ignorancia y el orgullo nuestros carceleros...?

Capítulo 1

Creencias en la vida del Más Allá

Entrar en el ancestral mundo de la prehistoria y su visión de la muerte es harto difícil, e incluso hasta cierto punto especulativo, ya que, evidentemente, no podemos entrevistar a ninguno de nuestros antepasados lejanos. Sin embargo, muchas de las investigaciones arqueológicas y antropológicas que han tenido lugar nos han aportado datos de un valor incuestionable acerca de su sociedad, sus costumbres, su modo de vida,… y afortunadamente también, el modo de ver la muerte a través de sus ritos funerarios. Gracias a esas "pruebas", hoy en día nos es posible, pese a seguir siendo un terreno pantanoso y sumamente resbaladizo, entrever una luz difusa que nos haga entender el por qué y el cómo efectuaban esos rituales así como elucubrar sobre su posible visión sobre la muerte.

Las primeras inhumaciones aparecen, posiblemente, a partir de unos 100.000 años atrás con el hombre de Neandertal[1].

[1] Es imposible retroceder más allá en el tiempo sin ofrecer algo más que meras conjeturas e hipótesis de dudoso valor.

Pero es a partir de la aparición del Homo Sapiens –unos 30.000 años atrás– cuando más profusión de pruebas tenemos sobre sus ideas de carácter religioso gracias a las muestras de arte que nos han llegado y a los enterramientos de los muertos con ajuares funerarios en torno a los cuerpos.

De lo que no cabe duda es que en algún momento de aquellas remotas épocas, surge en el hombre la idea de la existencia de otra vida más allá de la muerte, idea que bien pudo aparecer al contemplar algún cuerpo momificado de manera natural o espontánea.

La creencia en ese más allá fue evolucionando, al igual que fueron apareciendo una serie de rituales funerarios, al principio toscos y elementales, que con el tiempo se transformaron en representaciones cada vez más complejas y ricas en detalles. Desde las comidas rituales de restos humanos o de las cenizas de los muertos, que aún en nuestros días practican algunas tribus, hasta el embalsamamiento más complejo realizado hace 8000 años en el desierto de Arica, al norte de Chile, o las perfectas momificaciones realizadas en el Antiguo Egipto. Cuanto más complejas hayan sido las creencias sobre esa existencia tras la muerte, más complicados han sido los rituales practicados.

Pero, ¿cómo ha imaginado el hombre ese mundo de los muertos? A lo largo de la historia las ideas sobre ese más allá han sido diferentes e incluso contradictorias, dependiendo de la cultura de cada sociedad. Algunos pueblos como el egipcio antiguo, han creído que el ser humano estaba formado por varios elementos, khet, ka, ba, akh, ab, heka…; otros creían en el cuerpo y el alma; no han faltado los que solo creían en una fuerza vital, etc. Unos esperan que las almas sobrevivan eternamente, otros creen en una cierta pervivencia, otros en la reencarnación y otros en la destrucción total. Pero algo que llama

poderosamente la atención es que en todos los continentes se ha practicado la momificación artificial, es decir, de manera premeditada, esperando mantener el cuerpo físico "vivo" para que fuera utilizado en un futuro por el "alma retornante".

También la mayoría de los pueblos equiparan a la muerte con un viaje que el difunto, entre peligrosas aventuras, tendrá que transitar hasta llegar a ese otro mundo, el de los muertos, el más allá. Para ello, en la sepultura disponían alimentos, ropas, fórmulas mágicas, armas y demás utensilios para asegurar que el fallecido lograra efectuarlo sin percances y saliendo victorioso de cualquier contienda.

La momificación

Bien por miedo, soberbia, o por creencias religiosas, el hombre siempre ha intentado sobrevivir a la muerte. La idea de una existencia tras ese paso trascendental se ha visto reflejada, de una manera u otra, en todas las creencias religiosas que ha profesado el hombre desde la más remota antigüedad.

Como antes apuntaba, la creencia generalizada relata el tránsito del alma a otro plano de existencia para continuar su camino. Pero la continuidad física del cuerpo siempre ha representado un problema de mayores características, surgiendo, en algún momento de la historia, la idea de conservarlo artificialmente para que se mantuviera lo más parecido a como fue en vida, evitando el proceso de putrefacción de los tejidos.

Pero la momificación continúa constituyendo uno de los grandes enigmas del hombre. ¿Por qué se momifica un cuerpo de manera natural mientras que otros, situados en el mismo lugar, no les sucede lo mismo? ¿Cómo es posible que pueblos y civilizaciones tan diversas y distantes entre sí



Momia natural del Egipto predinástico, alrededor de 3200 a.C.

inventaran o descubrieran técnicas similares de momificación? ¿Con qué fines...?

Con la momificación, nuestros antepasados nos han legado todo un corpus de sabiduría, no solo de conocimientos históricos y anatómicos, sino también sociopolíticos, filosóficos y religiosos. Las momias son el resumen del pasado y el resultado de la búsqueda de la inmortalidad.

Dentro de las momias se esconden, con toda seguridad, muchos de los más importantes enigmas de las grandes y antiguas civilizaciones del pasado. Poder, tesoros, ritos sagrados, asesinatos… Son nuestras propias y accesibles máquinas del tiempo.